

Mariano Picón Salas

Compilación, selección y prólogo:
Juan Carlos Palenzuela
(1954-2007)

∞ LAS FORMAS Y LAS VISIONES ∞
Ensayos sobre Arte



Universidad Católica Andrés Bello
Caracas, 2007

∞ Prólogo al Instituto Nacional de Cultura³²

La esperanza

No siempre es tan plácida como quisiera una visión beata puramente contemplativa de la historia. Quizás los momentos que prepararon mayor caudal de invención y aventura en el quehacer humano, transcurrieron en medio de extraordinarias crisis y conflictos para los personajes que los animaban. El Renacimiento es magnífico cuando lo vemos en el majestuoso espacio clásico de sus *loggias*, en la clara composición de los maestros florentinos, o en aquella atmósfera musical, hendida de grandes nubes barrocas, buscando ya la infinitud y el misterio nocturno, de los maestros de Venecia. Pero la historia es más que el museo contemporáneo o futuro de obras de arte; es también combate y polémica, impureza de vida que nos nutre o defiende como las vitaminas o los antibióticos. De este modo, los contemporáneos de Botticelli o de Leonardo, de Giorgione o de Tiziano asociarían a muchos instantes de lo que después se llamó “Renacimiento”, la inseguridad y las luchas italianas en aquel tiempo; la violencia o crueldad de los condotieros, las disputas de los monarcas, las pestes y miserias que sucedían a las guerras, la explosión de las más disociadoras herejías. Toda Edad de Oro se transporta a un tiempo que desapareció, o que está aguardando como sueño de impalpable felicidad cuando ya se enfrían y extinguen las pasiones de los coetáneos.

Por eso, todo proceso de cultura para las gentes que participan en él, suele resultar tan dramático, ya que los bienes del espíritu que deben contribuir a la concordia y armonía humana, no son frutos que caen del árbol como

32 Inciba. 1964, Caracas. (Folletos).

dádiva gratuita, sino hay que conquistarlos y ganarlos en la envidiosa palestra del mundo. Convencer es más difícil que vencer, ya lo anotó don Miguel de Unamuno. Y tampoco hay relación matemática, armonía preestablecida, entre los bienes de la tierra y lo que los teólogos llamarían los bienes del alma. A veces la belleza nace en el desamparo, como Cristo entre las pajas del pesebre, y la gran palabra o la gran creación humana fue como flecha lanzada desde la insuficiencia y la insatisfacción para alcanzar el infinito. Suprema gracia de Dios fue el dolor germinal, el gemido, el impropio o la protesta estallante que inspiró muchas obras de arte, desde el libro de Job, los tercetos dantescos, la ventisca de la noche rusa que azota a Dimitri Karamazov, o el laberinto multiplicado en laberintos, de los personajes de Kafka.

Veamos en nuestro país cuántos escollos tendrá que sortear, cuántos problemas se plantean al Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes que la buena merced, entusiasmo y asistencia del señor Presidente de la República inauguran esta noche. Ya antes de iniciar sus tareas, nos ofreció anticipado sabor de polémica que desde mi punto de vista y con la prudencia y tolerancia que debieron enseñarme los años y el oficio, es preferible a toda conformidad u ordenación totalitaria. No viene el Instituto a regimenter la cultura, sino a estimularla y difundirla y a ordenar humanamente lo que está disperso o pudiera —como servicio público— aprovecharse mejor. Quisiéramos que nuestro trabajo se cumpliera sin hinchazón, vanidad ni pedantería, es decir con los dones más ágiles y sociales del espíritu. Para ser cultos hay que realizar previamente cierta ascesis o gimnasia del alma; hacer que las palabras y los conceptos no pesen demasiado, y más que con la tosca piedra del gigante, del Goliat, pesado, soberbio y resentido, es necesario convencer con la flecha del arquero. En los diálogos de los contertulios de Sócrates que transmitió en la más insinuante y limpia prosa el divino Platón, ha tenido la historia occidental el supremo arquetipo de esa cortesía sin cólera ni énfasis que parece el mejor método de comunicar las almas. En nombre de la cultura, quizás no debamos alterarnos por cierta gritería, o impaciencia o simple estallido de malos humores, que a veces se pretende disfrazar de libertad democrática. Porque dejamos de aprender “urbanidad y buenas maneras” en el clásico y deleitoso libro de don Manuel Antonio Carreño, muchas gentes andan atropellándose por las calles, aullando su zozobra y angustia desde las sirenas de sus

automóviles, vertiendo sobre los transeúntes granizadas de insolencias y quizás pensando —con algún grupo de fanáticos— que las cosas irán muy bien para ellos cuando puedan cortarle la cabeza a quienes envidian o no veneran los mismos mitos. En este mundo distorsionado en que ahora se vive hay demasiadas abstracciones, demasiadas entidades que respetamos y escribimos con letra mayúscula y hemos perdido el amor y la caridad de lo concreto; del pan y la sopa; del vecino y del pobre; de Pedro, Juan y Diego. Un nuevo gran poeta de la comunidad como aquel Chaucer de la “peregrinación a Canterbury”, debe otra vez juntarnos en nuestra cabalgata terrestre, compartiendo la merienda y la pinta de cerveza que pedimos a la muchacha, contando los lances e historias del camino, chocando jarros y manos fraternales.

Si en el lenguaje de las estadísticas y de los planificadores, nuestro país ocupa situación privilegiada entre las naciones hermanas por la cuantía de recursos y renta pública; porque nuestro joven sistema democrático parece ya haber abolido las autocracias de otros días, y porque en las más variadas esferas estamos dando la batalla contra el atraso y la injusticia, ¡cuántas nuevas incógnitas y desafíos suscita el desarrollo acelerado! Los mismos cambios y desajustes del veloz crecimiento impondrán nuevos métodos de pedagogía social. Nuestros problemas ya no son exactamente los mismos ni en el mismo orden de prioridad que enunciaba en un documento famoso, el llamado “Plan de Febrero”, el general Eleazar López Contreras a comienzos de 1936. Era el primer balance gubernamental del atraso e ignorancia en que nos dejaba la dictadura de Juan Vicente Gómez, y el primer enunciado de indispensables reformas. El autor del “Plan” escribía y leía su documento en una todavía apacible ciudad de Caracas que apenas se acercaba a los trescientos mil habitantes, ciudad de rostros y rincones conocidos que aún parecía vivir en nuestro provinciano siglo XIX, y donde muy poco —fuera de la explotación petrolera y su emergencia de nuevas fortunas— había cambiado de la Caracas de Guzmán Blanco. Si los problemas venezolanos que exponía el “Plan” eran acaso más abundantes y dramáticos en cantidad que los del país de hoy, se resolvían primordialmente con el maestro primario, la enfermera, el sanitarista, el ingeniero de caminos. La humillada Venezuela de entonces que había esperado tanto, se conformaba con un programa mínimo. Porque estamos creciendo en forma imprevisible y ya dejamos de ser una casi

olvidada encrucijada del mundo, las exigencias de ahora demandan más sutil tratamiento y jerarquía cualitativa. Agudeza de sociólogos, análisis de humanistas, pupila de grandes historiadores que comparen nuestra peculiar circunstancia con la del proceso social en otros pueblos acosados por parecidas influencias y tensiones, exigirá nuestro diagnóstico.

Nos hicimos más grandes, más complejos y quizás más inconformes. Se rompieron tradiciones, tranquilas formas de vida, estructuras éticas y sociales. En la nación rica y violentamente rejuvenecida por la creciente explosión demográfica, penetran las místicas y propagandas de quienes desean comprometerlos en las agrias querellas de poderío mundial, disfrazado de ideología; en el maniqueísmo intolerante y esquemático de la época en que unos son los réprobos y otros los bienaventurados. La simplificación propagandística hace que gentes aun con título universitario, piensen con los mismos lemas, con los mismos *slogans* elementales que se aplicarían a la venta de un jabón o una panacea. De la cultura de los “pensadores” parecemos marchar a una vergonzante cultura de “locutores” que impondrían como dogma, su anuncio petrificado. Hay estudiantes que no estudian, hijos malcriados de la autonomía universitaria, que se preparan, escoteros de la cabeza, para una mesiánica revolución en que la cólera se desposará con la holgazanería. Y ellos, llaman Revolución al quebranto de toda norma moral, la aventura y el caos emotivo, el peligro y el desafío autónomos como el de los protagonistas de la vieja novela picaresca española que contra toda permanencia, organización y seguridad, alzaron su estandarte de vida realenga. Es un poco el tema de aquel lamentoso corrido mexicano “El hijo desobediente”, “el muchacho que se desgració” que al resentirse y sublevarse contra todos, no le restaba sino la sociedad de las fieras. Qué inútilmente jactancioso aquello de: “¡Aparte de aquí; mi padre, que estoy más bravo que un león!”. ¿Y qué habrán de sentir en su turbio naufragio las almas que hasta por táctica política o para obedecer a los malévolos pastores que les impusieron odios y consignas, salieron a asaltar, matar e incendiar? ¿Cómo les sosegaría –si pudieran volver a aprenderla– la sencilla moral de los Diez Mandamientos y lo que el escriba egipcio enseñaba a su hijo hace ya varios milenios; esa nutrición de amor, de mesura, serenidad y esperanza que pide la áspera tarea de la vida!

No es ningún pleonasma decir que todavía falta en nuestro proceso democrático una pedagogía de la libertad que no torne ésta en derecho

unánime al grito y al frenesí, sino practique el diálogo y el respeto a las diferencias. El fanatismo y la cultura rudimentaria de algunos furiosos, nos asedia con sus mitos verbales, y los epítetos de la lucha dejan de ser palabras para tornarse en los ídolos corporizados de la superstición, el odio o el prejuicio. Sus mitos se les trocaron en dragones. Rechazar la mentira, el miedo o el histerismo, es deber del varón sereno que, como el joven y ardiente San Jorge, no quiere ser tragado por los monstruos.

En los planes de este Instituto no podemos preferir a ningún grupo humano. Con todos queremos comunicarnos sin prejuicio o tabú irreconciliable. Sólo se exige para la comprensión aquello que don Andrés Bello pedía como la más certera regla de la gramática: “el buen uso o sea el de la gente educada”. Es la cultura como otra *Eclesia* universal la que ofrece ese idioma y cortesía superior sobre las envidias, recelos y trácalas del desconfiado trato terrestre. Oyendo a Bach y a Beethoven y leyendo a Cervantes acaso no se gane una *curul* en el Congreso ni se incremente nuestra renta, pero obtenemos –como en el amor– una dádiva de felicidad; nos acercamos a ese mundo inteligible, más perenne que nuestro tránsito mortal; mundo de la conciliación, de arquetipos y formas como se diría en el lenguaje platónico. Mundo en que la vida parece más vida y la humilde Fregona puede convertirse en Dulcinea, y don Quijote tiene el brío de los más jóvenes caballeros. Es no sólo necesario estimular y compensar el trabajo inventor de los creadores, sino acercarse al goce y disfrute de las inmensas mayorías todos los bienes del espíritu. Puede haber una miseria del alma, tan sórdida y confinada como la miseria física, y que también exige misericordia y consolación.

Asistencia contra la chabacanería y la vulgaridad piden las grandes masas sin derrotero y esperanza de nuestras sociedades mecanizadas y a quienes el comercio y las propagandas quieren tratar como alelado rebaño obediente de consumidores; los que obtendrán sin crítica ni análisis la mercadería que propaló la radio. Así como hay en los estadios, adiestramiento corporal para ganar el maratón y lanzar con gracia y agilidad la jabalina, otro ejercicio más sutil de contemplación y meditación y de someter el tumulto de la vida a pauta y armonía, nos exige la cultura. El hombre, masa de nuestra época, hace tanto ruido con las cosas y las máquinas porque no le enseñaron a usar el silencio; porque su vida interior se deshizo en el alboroto. Asear almas y enseñar valores espirituales, así

como el Estado difunde la higiene y debe atender la salud del pueblo, es función principalísima del Instituto Nacional de Cultura. Pretendemos que sea una de las tantas luces que iluminen el camino de Venezuela. Luz benévola, de tolerancia y de comprensión; luz que no queme los ojos que contemplan; luz para la conciencia y no hoguera de furor y exterminio; luz que va invitando a otras luces para que contribuyan a la expedición y descubrimiento. Contra las falsas aventuras a que convidan el odio y la destrucción, la cultura parece la más válida empresa integradora, la que como en el conocido y humanístico verso de Carl Sandburg encuentra en cada hombre a la humanidad entera. Ella transmite a través de las generaciones el mensaje e imagen de un mundo estético y moral que invocó la Justicia y la Belleza como esperanza de eternidad que trascienden nuestra fragilidad y contingencia. Más allá de todo grupo o partido estamos trabajando por el espíritu de Venezuela; continuamos con las palabras y los métodos de nuestro tiempo, la tradición venezolana que es la suma de meditaciones y desvelos de todos sus hijos. Amamos más a Venezuela porque nuestro amor supone que ella cada día está naciendo, engendrada, también, por nuestra tarea. Parece simultáneamente el primero y postrer nombre en que se plasmó nuestra angustia y nuestro deber.

Caracas, diciembre 30, 1964.